

Cautiva tiene en tenebrosa niebla;
Ora le da salida, y la derrama
En fúlgidas vislumbres; ora vuela
En rayos dividida; ora se tiende
En ancha zona. Aquí relampaguea
Bruñida plata; allá con el zafiro,
El amatiste y el topacio alternan;
Y del rubí la ensangrentada llama
Ya un alterado piélago semeja,
Que, de furiosa ráfaga al embate,
Montes lanza de fuego á las estrellas.
Ya estandartes tremola luminosos,
Bóvedas alza; en carros de oro rueda;
Columnas finge; ó risco sobre risco,
Fábrica de gigantes aglomera,
Y hace el horror de la estación sombría
De maravillas variada escena.

Creyélas la ignorancia largo tiempo
Ígneas exhalaciones, que, en la densa
Nieve del septentrión reverberadas,
Á las naciones presagiaban guerra,
Iras, tumulto; y vacilar hacían
Al tirano en la frente la diadema.
Otros el polo helado imaginaron
Ver envuelto en el limbo de la inmensa
Atmósfera solar, cuyos reflejos
Denso el aire ó sutil, rechaza, alberga,
Difunde en modos varios, ó acumula,
Y su luz tiñe, y formas mil le presta.

Refieren los poetas (de natura
Elegantes intérpretes), que Jove
Á dos bellas hermanas hizo reinas,
Una del rico Oriente, otra del Norte.
La boreal Aurora cierto día
(Añaden), viendo que su hermana el goce
De la divinidad obtiene sola,
Y el incienso le usurpa de los hombres,

Al Sol, su padre, va á quejarse; y mientras
Que de sus ojos tierno llanto corre:
—¡Oh eterno rey del día! ¡Oh, padre!—exclama,
¿Hasta cuándo será que me deshonren
Los que hija de la tierra me apellidan,
Y parto vil de frígidos vapores?
¿Hasta cuando querrás que oprobio tanto
Infame tu linaje? El manto rompe
De púrpura que visto; y de mis galas
La inútil pompa en luto se transforme.
Arranca de mis sienes la corona,
Si por hija ¡ay de mí! me desconoces.
¡Oh, cuánto es más feliz la hermana mía!
La hospeda el cielo, y la bendice el orbe;
Conságranle sus cánticos tus Musas;
Y en blando coro, la saluda el bosque.
¿Y á qué beldad honores tales debe?
¿Por qué la adora el mundo, y de mi nombre
Se acuerda apenas? ¿Vale tanto acaso
El falso lustre de caducas flores
Que á un leve soplo el ábrego deshoja?
Siempre descoloridos arreboles
La ven nacer; y de abalorios vanos,
Las trenzas orna que á tu luz descoge.
Mas yo, de oro, y de púrpura y diamantes
Recamo el cielo. Yo, á la parda noche,
Hago dejar sus lúgubres capuces,
Y alas de luz vestir. Por mí, depones
Su sobrecejo la arrugada bruma.
Por mí, Naturaleza, en medio el torpe
Letargo del invierno, abre los ojos,
Y tu brillante imperio reconoce.
Mi hermana, dicen, á servirte atenta,
Madruga cada día, y tus veloces
Caballos unce, y á la tierra el velo
De la tiniebla fúnebre descorre.
Sí, sábelo el Olimpo, que, dejando
La cama de Titón, va con el joven
Céfalo á solazarse, y no se cura

De que á la tarda luz el mundo invoque.
¿Por qué, pues, ha de ser la hermana mía
Única en tu cariño y tus favores?
¿Por qué, si hija soy tuya, no me es dado
Beber contigo el néctar de los dioses?
—Cese tu duelo, cese, ¡oh, sangre mía!
Tus lágrimas enjuga (el Sol responde).
Yo vengaré tu largo vituperio.
Un mortal he elegido que pregone
La alteza de tu cuna, y á su cargo
Con noble empeño tu defensa tome.
Él diga tu linaje; y las estrellas,
Cual hija de su rey, de hoy más te adoren.—
Dice: Ella parte. El rey del cielo un rayo
De su frente inmortal desprende entonces
(De aquellos con que á espíritus felices
De estro divino inflama, y lleva á donde
Los haces de tus obras confidentes,
Naturaleza, y tus arcanos oyen).
El nombre en él grabó de su hija amada,
Y la stirpe, y las gracias; y lanzóle
Al ilustre Mairan. El dardo vuela;
Hiérole; y ya inspirado, los blasones
De la hiperbórea diosa canta el sabio.
La Aurora de los climas de Bootes,
Como la del Oriente, es ensalzada,
Y adoradres tiene, imperio y corte.

Así cantaron las divinas Musas.
Otros la vasta atmósfera suponen
De eléctricos principios agitada,
Que en intestina lid hierven discordes;
Y el cielo hinchendo de tumulto y guerra,
Alzan sobre el atónito horizonte
Lucidos meteoros; mas, en medio
De encontradas hipótesis, esconde
Su lumbre la verdad; y el juicio ignora
Donde la planta mal segura apoye.

CARTA

ESCRITA DE LONDRES Á PARÍS POR UN AMERICANO Á OTRO.

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
Que del dulce solaz destituído
De tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,
Con todas sus famosas fruslerías,
Que á soledad me tienen reducido!

Mal rayo abraze, amén, sus Tullerías,
Y mala peste en sus teatros haga
Sonar, en vez de amores, letanías,

Y, cual suele el palacio de una maga
Á la virtud de superior conjuro,
Toda esa pompa en humo se deshaga;

Y tú al abrir los ojos, no en obscuro
Aposento entre sábanas fragantes
Te encuentres, blando alumno de Epicuro;

Sino cual paladín de los que errantes
De yermo en yermo, abandonando el nido
Patrio, iban á caza de gigantes,

Te halles al raso, á tu sabor tendido,
Rodeado de cardos y de jaras,
Cantándote una rana á cada oído,

Y suspirando entonces por las caras
Ondas del Guayas (Guayaquil un día,
Antes que al héroe de Junín cantaras),

Digas: «¡oh venturosa patria mía!
¿Quién me trajo á vivir do todo es hecho
De antojos, de embeleco y de falsía?

»Á Londres de esta vez me voy derecho,
Donde, aunque no me aguarda el bien amante
De mi Virginia, mi paterno techo,

»Me aguarda amigo fiel, veraz, constante,
Que al verme sentirá más alegría
Que la que él me descubra en el semblante.

»Con él esperaré que llegue el día
De dar la vuelta á mi nativo suelo
Y á los abrazos de la esposa mía.

«Y mientras tanto bien me otorga el cielo,
¡Oh musas! ¡Oh amistad! Á mis pesares
En vuestros goces hallaré consuelo.»

¡Ven, ven, ingrato Olmedo! Así los mares
Favorables te allanen su ancha espalda
Cuando á tu bella patria retornares,

Y cuanta fresca rosa la esmeralda
Matiza de sus campos florecidos,
Guayaquil entreteja á tu guirnalda;

Y á recibirte salgan los queridos
Amigos con cantares de alegría,
Por cien veces y ciento repetidos.

Ven, y de nuestra dulce poesía
Al apacible delicioso culto,
Vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto
De la batalla, y la sangrienta gloria,
Á la llorosa humanidad insulto.

Otro encomiende á la tenaz memoria
De antiguos y modernos la doctrina,
De absurdos y verdades pepitoria.

Mientras otro que ciego te imagina
En sólidos objetos ocupado,
Y también á su modo desatina,

Intereses calcula desvelado
Y por telas del Támesis ó el Indo
Cambia el metal de nuestro suelo amado:

Te manda el cielo que el laurel del Pindo
Trasplantes á los climas de Occidente
Do crece el ananás y el tamarindo;

Do en nieves rebozado alza la frente
El jayán de los Andes, y la vía
Abre ya á nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
Cuando á la nueva luz recién nacido
Los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido
En la visión de la ideal belleza,
De incesantes contiendas el ruído.

El niño Amor la lira le adereza,
Y díctanle cantares inocentes,
Virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa gente
Desventurada, á quien la paz irrita;
Y se aduerme al susurro de la fuente,

Ó, por mejor decir, un mundo habita
Suyo, donde más bello el suelo y rico
La edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva ó pico,
Y vive mansa gente en leda holgura
Vistiendo aún el pastoral pellico,

Ni halló jamás cabida la perjura
Fe, la codicia ó la ambición tirana
Que nacida al imperio se figura,

Ni á la plebe deslumbra, insulsa y vana,
De la extranjera seda el atavío,
Con que tal vez el crimen se engalana;

Ni se obedece á intruso poderío,
Que ora promulga leyes y ora anula,
Siendo la ley suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interés simula
Que hoy á la libertad himnos entona
Y mañana al poder sumiso adula,

Ni victorioso capitán pregona
Lides que por la patria ha sustentado
Y en galardón le pide una corona.

¡Oh! ¡Cuánto de este mundo afortunado
El fango inmundo en que yacemos dista,
Para destierro á la virtud criado!

Huyamos de él, huyamos do á la vista
No ponga horror y asombro tanta escena
Que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena
Sus fuerzas la ambición, y al cuello exento
Forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento
Tantos ardientes votos, sangre tanta,
Cuadros llenos de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,
Miseria y luto, y orfandad llorosa
Que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente que la hermosa
Fábrica ve del iris, que á la esfera
Sube esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,
Y cuando cree llegar, y á la encantada
Aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada
Vista lo busca por el aire puro,
Y su error reconoce avergonzada;

Así yo á nuestra patria me figuro
Que en pos del bien que imaginó se lanza
Y cuando cree que aquel feliz futuro,

De paz y gloria y libertad alcanza,
Su ilusión se deshace en un momento
Y ve que es un delirio su esperanza;

Fingido bien que ansioso el pensamiento
Pensaba asir, y aéreo espectro apaña,
¡Luz á los ojos y á las manos viento!

Huyamos, pues, á do las auras baña
De alma serenidad lumbre dichosa,
Que, si ella engaña, dulcemente engaña;

Y este triste velar por la sabrosa
Ilusión permutemos, que se sueña
En los floridos antros de tu diosa.

Dame la mano; y sobre la ardua peña
Donde el sagrado alcázar se sublima,
Podrán dejar mis pies alguna seña;

Mas ¡ay! en vano mi flaqueza anima
Tu vuelo audaz, que, al fatigado aliento,
Pone pavor la levantada cima.

Sigue con generoso atrevimiento
Á do te aguarda, en medio el alto coro
De las alegres Musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro
Concento se suspende, y la armonía
De las acordes nueve liras de oro.

.....
.....
.....

Á OLIMPIO (I).

IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.

I.

¿Recuerdas, Olimpio, aquella
Única amistad constante,
Que no copió en su semblante
Las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo
Que en la miseria ha dejado
A tu corazón llagado
Por último bien el cielo?

(I) *Olimpio* es un patriota eminente, denigrado por la calumnia, y que se consuela de las desgracias en las meditaciones de una filosofía indulgente y magnánima. No sabemos quién fuese el personaje que Víctor Hugo se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas no han faltado *Olimpios*.—(El Autor.)

Testigo de los azares
De la encarnizada lidia
En que te postró la envidia,
Que hoy te abrumba de pesares,

Así te dijo:—y en tanto,
Una luz serena y clara
Desarrugaba tu cara
Mojando la suya el llanto.

II.

«¿Eres tú aquél cuya gloria
Ensalzaron nobles plumas
Y miraban de reojo
Mil envidias taciturnas?

»Acatábante en silencio
Las gentes: la infancia ruda
Á escucharte se paraba,
Como la vejez caduca.

»Eras meteoro ardiente
Que en una noche profunda
Se lleva tras sí los ojos
Cuando por el cielo cruza.

»Y ahora, arrancada palma,
Doblas tu cabeza mustia:
No te da apoyo la tierra,
No das al aire verdura.

»¡Cuántas frentes á la sombra
Acostumbraba la tuya!
Y ahora, ¡qué de sonrisas
Irónicas te saludan!

»Ajado está el bello lustre
De tu blanca vestidura;
Los que galán te adoraron
Andrajoso te hacen burla.

»La detracción en tu vida
Clavó sus garras impuras;
Es texto á malignas glosas
Tu reputación difunta;

»Y como helado cadáver,
Desfigurada, insepulta,
Sabandijas asquerosas
Por todas partes la surcan.

»Revelada por la llama
Que á tu memoria circunda,
Tu existencia es un terrero
Que cuantos pasan insultan;

»Y cien silbadoras flechas
Vienen á herirla una á una,
Que en tu corazón inerme
Hondas encarnan la punta.

»Y con festivos aplausos
Cuenta el vulgo las agudas
Heridas, y los dolores,
Y las ansias moribundas,

»Como suelen bandoleros,
Al ver la presa segura,
Contar monedas y joyas
Que reciente sangre enturbia.

»El alma, que de lo recto
Era un tiempo norma augusta,
Es ya como la taberna
Que por la noche relumbra;

»A cuya reja se apiñan
Curiosos, por si se escucha
El canto de locas orgias
Ó de las riñas la bulla.

»Cortaron tus esperanzas,
Flor de que nadie se cura,
Manos crueles, y al suelo
Las dan en trizas menudas.

»Nadie te llora; tu suerte
Ningún corazón enluta;
Tu nombre es un epitafio
De desmoronada tumba.

»Y el que con dolor fingido
Alguna vez lo pronuncia,
Es como el que muestra escombros
De arruinada arquitectura,

»Que un tiempo adornaron jaspes
Y sustentaron columnas,
Y ya malezas la cubren,
Y vientos y aguas la injurian.

III.

»Mas ¿qué digo? En la miseria
Más elevado y sublime
Te muestras á quien la altura
De tus pensamientos mide.

»Tu existencia, combatiendo
Á los contrapuestos diques,
Suenan como el Oceano
Que asalta los arrecifes.

» Los que observaron de cerca
La lucha, vuelven y dicen
Que inclinándose á la margen
Vieron tremenda caribdis;

» Mas puede ser que la vista
Calando ese abismo horrible,
La perla de la inocencia
En lo más hondo divise.

» Turba los ojos la niebla
De que pareces vestirte;
Mas sobre ella un claro cielo
Serenas lumbres despide.

» ¿Qué importa, al cabo, que el mundo
Contra tu entereza lidie,
Alzando nubes de polvo
Que cualquier soplo dirige?

» Para juzgar, ¡ qué derecho,
Qué título nos asiste?
¿ Qué objeto no es un enigma
Para los ojos más lince?

» ¿ La certidumbre?... ¡ Insensatos,
Que imagináis tierra firme
La que celajes vistosos
En vuestro discurso finge!

» Así puede asirla el juicio
Del hombre, como es posible
Á la mano asir el agua
Sin que presta se deslice.

» Moja apenas, y al instante
Huye, y al pecho que gime,
Y al ardiente labio, nada
Deja que la sed mitigue.

» ¿ Es día? ¿ Es noche? Los ojos
Nada absoluto distinguen:
Toda raíz lleva frutos,
Y todo fruto raíces.

» Apariencias nos fascinan,
Ya sombras densas contristen
La vista, ó ya luminosos
Colores la regocijen.

» Un objeto mismo á visos
Diferentes llora y ríe:
Por un lado, terso lustre;
Por el otro, obscuro tizne.

» La nube en que el marinero
Ve rota nave irse á pique,
Para el colono es un campo
Que doradas mieses rinde.

» ¿ Quién habrá que los misterios
Del pecho humano escudriñe?
¿ Quién que las transformaciones
Varias de un alma adivine?

» Larva informe surca el lodo;
Y tal vez mañana, libre
Mariposa, alas de seda
Despliegue y aromas libe.

IV.

» Pero tú penas; ¿ y cómo
Pudo ser que no penaras,
¡ Oh, víctima sin ventura
De persecución villana!